



BENJAMÍN RAPOPORT (1908-2006), UN SUPERVIVIENTE DE LOS CAMPOS NAZIS EN MOJÁCAR

Ramón Jesús Lorente Castillo

I.E.S. El Palmeral de Vera (Almería)

Enviar correspondencia a:
rjlorente@gmail.com

RESUMEN: Quizás algún lector o lectora de este artículo que habite en Mojácar se acuerde de un pequeño señor que llegó a la localidad antes del boom turístico. Quizás, detrás de una apariencia física entrañable, debido al paso de los años, nadie sabía la historia que se escondía detrás de este personaje con el que pudo compartir algunas horas de charla en la plaza del pueblo. Bien, este artículo trata de rendir un pequeño homenaje no solamente a su protagonista, sino a todos aquellos y aquellas que han sufrido la intolerancia a lo largo de la historia. En febrero de 2003, un amigo español de Benjamín Rapoport me pidió que le tradujera las memorias que éste había escrito y que habían sido publicadas el año anterior en Francia con el título de *Ma vie et mes camps*¹. Tras concluir el trabajo decidí emprender a finales de diciembre de 2003 el viaje para conocer al protagonista personalmente. Este artículo es el resultado tanto del trabajo de traducción, como de las conversaciones que mantuve con él aquella Navidad.

Palabras clave: revolución rusa, periodo de entreguerras, II Guerra Mundial, campos de concentración, liberación.

ABSTRACT: Perhaps a reader of this article who is living in Mojácar remembers a small man who came to town before the tourist boom. Perhaps, behind a beloved physical appearance, because over the years, nobody knew the story behind this character with whom could he have shared a few hours of talk in the town square. Well, this article tries to pay a small tribute not only to its protagonist, but to all those who have suffered intolerance throughout History. In February 2003, a Spanish friend of Benjamin Rapoport asked me to translate the reports that he had written and which were published last year in France under the title *Ma vie et mes camps*. After finishing my piece of work I decided to travel to France to meet the protagonist personally and learn about him. My trip was in December 2003. This article is the result of both: the translation work, and the discussions I had with him that Christmas.

Key words: Russian revolution, inter-war period, World War II, prisoners camps, liberation.

1.- INTRODUCCIÓN.

Aquella traducción que se menciona en el resumen de portada quedó en el olvido con el título de De los Campos de la Segunda Guerra Mundial a Mojácar. No son precisamente los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial

(1939-1945) los que conoció Benjamín Rapoport. Y es que el protagonista de esta obra fue testigo de otro tipo de campos: los campos de concentración; primero los franceses de Vernet y Drancy, donde conoció a muchos europeos, incluidos los españoles republicanos, y más tarde los campos de exterminio nazis: Birkenau,



Auschwitz, Jawischowitz, Monowitz-Buna, Gleiwitz, Dora y Bergen-Belsen, bien diferentes de aquellos campos que los franceses llaman “les champs d’honneur” (campos de honor), los campos de batalla en castellano. No había mucho “honor” en los campos en los que Benjamín Rapoport pasó cinco años de su vida, aunque sí mucho horror. El honor no recaía en los que vestían uniforme militar, sino en aquellas gentes que llevaban el uniforme a rayas de los deportados, en aquellos que se esforzaban en vivir y sobrevivir en aquellos terribles campos, los que se empeñaron en vencer a la máquina de exterminio nazi y contarlo para que no se olvide, para que las generaciones futuras no cometan los mismos errores. Ese es el deseo y el objetivo de Benjamín Rapoport al transmitirnos sus terribles experiencias.

Pero aún nos regala más cosas: su extraordinaria memoria y su dilatada vida nos permiten recorrer prácticamente un siglo, el siglo XX, lleno de acontecimientos: desde los últimos años de la Rusia zarista, la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa, la Europa de Entreguerras, la Segunda Guerra Mundial, la inmediata posguerra, la descolonización, la construcción de Europa, y ya de una manera más cercana al lector español, la España de Franco, los últimos años de la su dictadura, la Transición democrática y por último, para aquellos que vivimos en el Levante almeriense, podemos ver a través de los ojos y las reflexiones de Benjamín la profunda transformación que ha sufrido nuestro entorno y nuestra manera de vivir desde aquel ya lejano día de 1959, cuando él fue uno de los primeros extranjeros en tener una residencia en Mojácar.

2.- RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD.

Benjamín Rapoport nació el 30 de abril de 1908 en Karlsruhe, Alemania, donde su padre estaba estudiaba Ingeniería. En dicha ciudad alemana permaneció hasta cumplir los tres años, cuando la familia regresó a Riga, capital de Letonia, perteneciente entonces al Imperio Ruso.

Sus primeros recuerdos arrancan en esta época de los primeros años del siglo XX y nos dejan una instantánea de cómo se vivía en estas ciudades de Letonia. Pertenecía a una familia burguesa y acomodada, pues su padre era ingeniero y su madre, dentista, y además, contaban con algunos privilegios como la libertad de tránsito dentro del Imperio ruso, pues en esta

época los judíos no estaban autorizados a salir de sus lugares de residencia.

Como él mismo afirma, apenas tiene recuerdos del periodo anterior a la Primera Guerra Mundial. Recuerda el traslado de la familia en 1915 desde Riga a Ribinsk, ciudad rusa al norte de Moscú, pues al aproximarse los alemanes a la capital letona, la fábrica donde trabajaba su padre fue desmantelada y trasladada allí. En esos primeros años de la Gran Guerra, su familia apenas notó un cambio importante en sus vidas: llevaban una vida de burgueses, que incluso podían permitirse poseer una casa en el campo, un cochero, etc. Su madre se preocupaba porque recibiese una esmerada educación, haciéndole recibir, además de obligarle a ir a la escuela, clases de música y pintura. Sin embargo, la tranquilidad de este periodo se verá truncada en febrero-marzo de 1917 cuando estalla en el imperio de los zares la Revolución moderada de Kerenski. Benjamín recordaba de este evento las masas en las calles, con las banderas y los encendidos discursos de los oradores. A partir de este momento, el ejército ruso se desmoronó y los alemanes avanzaron rápidamente por el frente oriental.

De esta etapa histórica, al niño de nueve años que era Benjamín le quedó como recuerdo la represión que instauró el nuevo régimen soviético, después de la Revolución de octubre y las duras condiciones de vida que tuvo que soportar junto con su familia, pues la “buena” vida burguesa que hasta ese momento disfrutaban cambió radicalmente, teniendo que alimentarse con semillas para el ganado, pescado salado, y con suerte, carne en mal estado.

Durante el invierno 1917-1918 la familia regresó a Riga, pero sin el cabeza de familia, que fue obligado a permanecer en Moscú, ya que las autoridades alemanas, que entonces ocupaban Letonia, le denegaron el permiso de entrada al país. El 3 de marzo de 1918 fue proclamada la República independiente de Letonia pero la situación familiar no mejoró, pasando hambre y miseria. La situación política en la recién creada república báltica era muy inestable y tras sucesivos golpes de mano, se instauró un gobierno dependiente de los Aliados occidentales. Así, el padre de Benjamín solo pudo regresar a la capital letona en 1920.

Con la unidad familiar restituida, la adolescencia de Benjamín Rapoport se caracteriza por el hecho de recibir una esmerada



educación, ya que sus padres, judíos, pero de ideología progresista, le hicieron asistir a una escuela laica donde se relaciona con otros muchachos pertenecientes a la pequeña y mediana burguesía de la rica comunidad judía letona. Desgraciadamente, existía en aquella época una separación social entre todas las capas de la sociedad letona, compuesta por nacionalistas letones, campesinos de origen ruso y minoría alemanas, polacas o judías y Benjamín participaba en las pequeñas escaramuzas que se producían entre los chicos de los diferentes grupos que sólo podían acentuar el odio interétnico.

En 1921, cuando contaba con trece años de edad, su padre, aunque judío no practicante, le hizo prepararse para su Bar-Mizwá². Esto no era de extrañar, pues la familia conservaba las celebraciones judías como las de Pascua, las del Yom Kippur³, Simjat Torá⁴, Sukoth⁵, Purim⁶. Aunque seguía creciendo en un ambiente librepensador. En 1926 acaba sus estudios de secundaria y, aunque deseaba matricularse en la Facultad de Ingeniería de Riga, tuvo que marcharse a Francia, concretamente a Caen, pues los judíos tenían vedada la entrada a esos estudios en Letonia.

Comienza una nueva etapa en su vida donde entra en contacto con la realidad de la Francia de entreguerras, en la que se ve obligado a llevar una vida modesta, viviendo en pensiones baratas, pero descubriendo un régimen político democrático y unas costumbres sociales totalmente nuevas para él, un joven judío del este de Europa. Así descubre los “felices años veinte”: los bailes con las chicas, las faldas cortas, el pelo a lo garçon, el charleston... Llegado el año 1929 termina sus estudios de Ingeniería en Francia y trata de buscar trabajo en París, pero no le resulta sencillo, dada su condición de extranjero. No obstante, lo encuentra, aunque le contratan como simple peón en una fábrica de carpintería metálica. Su primer trabajo como ingeniero lo consigue poco después en la Société d'Électrification Industrielle en unas condiciones que no aceptaría hoy en día ningún obrero, teniendo que recorrer en bicicleta 50 ó 60 kilómetros al día para diseñar el tendido de la red eléctrica.

Los primeros años treinta son duros para el joven Benjamín, pues la Crisis del 29 hace mella en Europa, aunque Francia aún no la había sufrido de lleno. Así, sus padres y su hermana se reunieron con él en París donde la familia trató de

salir adelante. En 1931 a su madre se le diagnosticó una leucemia y murió poco después, por lo que su padre decidió regresar a Letonia, quedándose Benjamín acompañado por su hermana Anna, aunque la crisis económica le afecta de lleno, pues poco después perdió su trabajo. Tras seis meses sin encontrar empleo, logró un puesto en otra empresa relacionada con la electrificación rural: la Unión Eléctrica Rural. En esta época, a pesar de las dificultades económicas, adquiere una motocicleta y aunque estuvo a punto de partirse la crisma, se convirtió en un entusiasta de las dos ruedas. También estuvo a punto de casarse, pero decidió no comprometerse y permaneció soltero hasta casi el final de su vida. Sin embargo, el primero de febrero de 1932 estaba de nuevo sin trabajo y pasará lo que queda de dicho año buscándolo de nuevo. Además en este periodo de tiempo ocurrió un hecho que atormentará su mente durante toda su vida. Su hermana, Anna, conoce a un joven médico militar francés, pero de origen rumano y cuando le pide permiso para casarse con él, Benjamín se lo niega, pues opinaba, en ese momento, que no estaba bien visto un matrimonio mixto entre una chica judía y un joven cristiano ortodoxo. En esta época las mujeres judías tenían que obtener el permiso del padre o de un hermano para casarse. Despechada, su hermana volvió a Riga, la capital de Letonia; junto a su padre y terminó casándose con un judío, alcohólico y jugador, viviendo un matrimonio desgraciado hasta que ambos desaparecieron en la vorágine del Holocausto. Aún en diciembre de 2003, Benjamín seguía lamentando no haber dado su bendición al matrimonio de su hermana con el joven teniente galo.

En materia laboral, encontró trabajo en una compañía de taxis y taller de coches, propiedad de un antiguo compañero de estudios hasta que fue llamado para hacer el servicio militar en el ejército letón, por lo que regresó a Riga para cumplir con sus deberes patrios, ya que no quería perder la nacionalidad letona. Entre 1933 y 1934, sirvió en el ejército donde, como él decía, aprendió a “*ser un buen militar, es decir, un perfecto tarugo*”. Sufrió el antisemitismo reinante en la época de entreguerras, pues a la hora de confeccionar los menús del rancho, no tenían en cuenta las creencias judías y les daban tocino, por ejemplo. Muestra de su adaptación a todas las circunstancias y prueba de que no era un judío practicante está el hecho de que se comía las



raciones de pan y tocino que sus correligionarios despreciaban.

Cuando terminó su servicio militar, en 1935, volvió a Francia, donde encontró trabajo como técnico en una fábrica de aviones de Bourges y cuando estalló la Guerra Civil española (1936-1939) se hizo patente la división política que también sacudió Francia en este periodo: la mayoría de los compañeros de trabajo de Benjamín abrazaron la causa republicana, mientras que el resto se declaró simpatizante de los fascistas de Franco. Así, en una de sus reuniones, los obreros de la fábrica decidieron proporcionar aviones a la República y aceptaron incluso trabajar gratis los fines de semana para construirlos, pero su intención no se vio apoyada por la política adoptada por el gobierno francés con relación al conflicto español bajo el Comité de No Intervención y los aviones nunca se construyeron. Las noticias que le llegaban sobre la Guerra civil española hicieron a Benjamín decantarse por una postura ideológica y política de izquierdas y antifascista. Seguía con atención el desarrollo de la política internacional de este periodo y se oponía frontalmente a la política de apaciguamiento llevada a cabo por las potencias occidentales frente a las pretensiones de la Alemania nazi., aunque recuerda que la población francesa aún tenía en mente los sufrimientos soportados durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y no se mostraba favorable a un nuevo conflicto. Los franceses disfrutaban por aquel entonces de un envidiable nivel de vida, prueba de ello, son las vacaciones pagadas y la posibilidad que tenía la población, al menos la burguesía, de disfrutarlas. De esta época, Benjamín también recuerda sus viajes por Francia, junto a sus amigos.

El final de la Guerra Civil Española, le hizo sentir vergüenza al conocer que las autoridades francesas habían confinado a los combatientes españoles republicanos en campos de concentración donde sobrevivían en condiciones miserables. Poco tiempo después, él mismo iba a “disfrutar” de estas condiciones de vida.

En agosto de 1939 pasó sus últimas vacaciones en Riga y volvió a Francia la víspera de la invasión de Polonia, el resto de su familia se quedó en Letonia y ya nunca más los volvería a ver. Su padre le pidió que se quedase junto a ellos (“*si quieres quedarte, quédate y no pienses en tu billete de vuelta*”) fueron las últimas palabras que le oyó decir mientras se subía a tren. Todavía en diciembre de 2003, Benjamín se

preguntaba qué habría sido de su vida y la de su familia, si no se hubiese subido a aquel tren:

“¿Cuál habría sido mi destino si me hubiera quedado? ¿Cuál habría sido el de mi padre, el de mi hermana, si se hubiesen venido conmigo? No tengo respuestas para estas preguntas. ¿Habría sabido persuadirle para que abandonase la fábrica, habría sabido yo convencer también a su mujer para que hubiese permitido que los rusos los evacuasen, puesto que los judíos y los comunistas fueron los primeros en ser evacuados antes de que Riga cayese en manos de los alemanes? ¿Y si me hubiera quedado con ellos, no habría terminado yo también mi existencia en el Holocausto de los judíos letones que fueron primero recluidos en el guetto y después exterminados en el bosque, cerca de Riga? Pero la suerte estaba echada, volví a Francia para vivir otro destino, también trágico.”⁷

El primer día de septiembre de 1939, el ejército alemán invadía Polonia y el tres, Francia declaraba la guerra a Alemania: había comenzado la Segunda Guerra Mundial. Desde un primer momento, Benjamín advierte el derrotismo y la desconfianza hacia los extranjeros que surge en Francia durante la llamada “*Drôle-de-guerre*”⁸ al afirmar que el gobierno perseguía a las fuerzas de izquierdas mientras que en el frente los soldados caían, creyendo aún en un gobierno que pronto les iba a traicionar.

3.- LOS CAMPOS.

El 3 de junio de 1940 fueron a buscarlo dos gendarmes a la fábrica de aviación donde trabajaba. Con el pretexto de que había salido de los límites departamentales sin permiso, fue detenido y llevado al campo de concentración de Vernet d'Ariège. Al principio, él creía que había sido detenido por incumplir una normativa gubernamental que prohibía el desplazamiento de los extranjeros fuera de los límites del Departamento⁹. Luego, pensó que la causa de su detención se debía al hecho de haber nacido en Alemania, algo fortuito, pero la verdadera causa de su arresto se la comunicó tiempo después un preso que trabajaba en los servicios administrativos del Campo de Vernet: en su ficha decía que era “un peligroso elemento de izquierdas”. Benjamín estaba convencido de que



la inminente derrota francesa desencadenó una verdadera caza de brujas entre todos aquellos y aquellas que se habían declarado antifascistas, pues él, aunque tenía sus simpatías políticas, jamás militó en partido alguno. Sea como fuere, el 6 de junio de 1940 cruzó por primera vez en su vida las puertas de un campo de concentración. Así comenzaba para él un largo periodo de internamiento y deportación que sólo terminaría en abril de 1945.

Este campo se componía de tres zonas separadas entre sí y una densa red de alambradas las separaba a su vez del mundo exterior. Allí vivía una población de 2.000 ó 3.000 individuos, mal vestidos, algunos cubiertos con harapos o con mantas. Era un campo administrativo para "extranjeros sospechosos". Las tres zonas se repartían de la siguiente manera: la A albergaba a los presos comunes, la B a los presos políticos y la C a los combatientes del Ejército Republicano de España y los voluntarios enrolados en las Brigadas Internacionales¹⁰ Sin embargo, ninguna de esas zonas era homogénea y los detenidos se mezclaban sin seguir la clasificación oficial. Es en este campo donde Benjamín entra en contacto con los brigadistas internacionales y donde aprende español:

*“Los españoles nos contaban sus desgracias, la manera en la que la Francia republicana les había acogido en los campos de Barcarès y Argèlès, a orillas del Mediterráneo, donde fueron encerrados al aire libre, en la arena, sin atención sanitaria para los enfermos y heridos. Procedían de todas las capas de la población, desde el intelectual al campesino andaluz. Un joven llamado Casero me enseñó a hablar castellano. Era culto y me decía: “España no es pobre, está dirigida por una clase codiciosa e ignorante”. Los republicanos españoles estaban en campos de internamiento desde su derrota militar, en el invierno-primavera de 1939. Muchos de ellos estaban heridos, débiles y harapientos”.*¹¹

Las condiciones de vida del campo dejaban mucho que desear y Benjamín creía, con la perspectiva que después otorga el tiempo, que para él fue una especie de “aprendizaje” que le ayudaría bastante a la hora de sobrevivir en el resto de campos que conoció más tarde.

Los barracones se encontraban en un pésimo estado. Los catres se distribuían en literas de dos alturas con dos hombres por camastro. Las mantas, de pésima calidad, estaban llenas de piojos y chinches. En otoño y en invierno el viento se colaba entre las tablas de madera, por las puertas y las ventanas.

Por la mañana, los prisioneros tenían que asearse rápidamente con agua fría en el patio -sin jabón ni toallas- y después tenían que limpiar los bidones que usaban para aliviar sus necesidades. La base de la alimentación era un trozo de pan de pésima calidad y un líquido al que llamaban sopa en el que nadaban algunos garbanzos, colinabos o topinambures. Estos últimos eran tan indigestos que hinchaban el estómago y provocaban pedos malolientes. Un poco de pescado en mal estado y el brebaje de la mañana, llamado “café” completaban el menú. Los españoles conseguían a veces sémola con la que hacían “pasteles” con sacarina y los vendían a los que tenían algún dinero.

Para comer, algunos se las apañaban como podían. Cualquier perro o gato que se atrevía a entrar en el campo acababa en una olla, o simplemente asado. Se construyeron improvisados hornos, hechos con tres ladrillos, que servían para preparar unas comidas excelentes. Los italianos de la Brigada Garibaldi eran hábiles cazando enormes ratas, pero su plato preferido eran, cuando conseguían atrapar alguno, los erizos.

El campo de Vernet se convirtió en una escuela ya que durante el invierno en los barracones y en verano en el patio, los prisioneros con estudios impartían lecciones sobre cualquier tema. También se escenificaban pequeñas representaciones teatrales y había actuaciones musicales organizadas por los prisioneros. Y al igual que se organizó la vida cultural, también surgió dentro del campo una organización por afinidades políticas y nacionales. Así, los presos que pertenecían a las Brigadas se constituyeron en “colectivos”. y el colectivo alemán aceptó a Benjamín en sus filas. Compartían lo poco que recibían del exterior. Esas vituallas procedían de los escasos envíos de la Cruz Roja y de organizaciones religiosas, aunque a veces, también de la cantina del campo. Algunos reclusos pudieron trabajar en el exterior y traían los regalos que los campesinos de las granjas de alrededor les hacían. Dado que la salud de los internos se deterioraba debido a la falta de vitaminas, les dejaban salir del campo, en



contadas ocasiones, en grupos de tres o cuatro reclusos y siempre vigilados por los gendarmes para coger ortigas en los alrededores con las que hacían sopa.

El siete de agosto de 1942 todos los prisioneros internados en el campo que se habían declarado judíos fueron reunidos y conducidos a la estación de Vernet con dirección París. Allí, unos autobuses les llevaron a unos grandes edificios de los alrededores de la ciudad que constituían el siniestro campo de Drancy. Esos edificios, que en un principio estaban destinados a ser viviendas sociales, se encontraban rodeados de alambradas y flanqueados por garitas. Los guardias eran gendarmes. Debajo de las escaleras había grandes cubos en los que sentados en una tabla, tanto los hombres como las mujeres hacían sus necesidades por turno, a la vista de todos. Hombres y mujeres dormían en el suelo sobre una sucia paja. Por la mañana, las mujeres se aseaban en los lavabos, delante de todos. Los alemanes habían establecido un Comité judío (Judenrat) que administraba el campo y que no podía impedir que muchos de los deportados muriesen de hambre y de agotamiento. Al amanecer de cada día, montones de cadáveres eran retirados en camiones. Ya en Drancy, entre los deportados circulaban rumores contradictorios sobre su destino. El más extendido era el que afirmaba que serían enviados al “Este” para trabajar, para retirar los escombros provocados por los bombardeos, para desminar los campos...

Dos semanas después de llegar a Drancy Benjamín, junto a decenas de miles de hombres, mujeres y niños más, fue enviado hacia el Este. Apiñados en vagones de ganado, cien en cada vagón, con las maletas y fardos llenos de ropa de abrigo “para resistir mejor el frío”, viajaron durante tres días que les parecieron interminables, torturados por la sed y el hambre. Los vagones estaban cerrados herméticamente y hacía un calor insoportable. Los que tuvieron más suerte fueron los que ocuparon un sitio junto a las tablas de las paredes del vagón, pues podían respirar por las ranuras un poco de aire del exterior. Para las necesidades higiénicas, había un solo cubo que utilizaban tanto hombres como mujeres, pasándoselo con dificultad a través de la masa compacta de deportados. De vez en cuando, los guardianes abrían las puertas deslizantes para permitir vaciar los cubos que estaban ya llenos.

De este viaje, Benjamín recordaba lo

sucedido con unos niños judíos:

“Ya sabíamos cuando salimos que detrás de nuestro vagón iban otros cargados con pequeños niños judíos, muchos de los cuales sólo tenían dos o tres años. En una de las estaciones los vimos en el andén. Oíamos sus pequeñas vocecitas, sus desesperados llantos y sus lastimosos gritos llamando a sus padres. De pronto un guardia entreabrió la puerta deslizante de nuestro vagón para ver lo que pasaba dentro, entonces vi una estación semidesierta, oscura y que sacaban a unos niños de un vagón de ganado y los metían en otro. Iban llorando entre los SS¹² que los empujaban sin miramientos, pero que, al menos les dejaron beber de un surtidor de la estación, pues estaba claro que la sed les atormentaba. (...) Más tarde, en el campo un guardia SS me diría con cinismo glacial que esos niños iban “al Este para reunirse con sus padres”, cosa que era cierta pues sus padres ya habían sido exterminados”¹³.

El viaje hasta Birkenau fue especialmente penoso y muchos deportados murieron, especialmente los ancianos, enfermos, y todos aquellos y aquellas cuya salud no soportó las terribles condiciones del traslado. Como todos los deportados, Benjamín sufrió a la llegada al campo la terrible selección a la que los nazis les sometían: a un lado, los considerados útiles para el trabajo; a otro, los ancianos, enfermos, inválidos, mujeres embarazadas y los niños. Estos últimos iban directamente a las cámaras de gas. Rápidamente, Benjamín se dio cuenta de que aquello era “una máquina de la muerte que funcionaba metódicamente, sin pasión”. Benjamín confiesa que sus conocimientos lingüísticos le fueron de gran ayuda en los campos de concentración y exterminio, pues las órdenes que recibían de los SS, eran en alemán y pobre de aquel que no obedeciese inmediatamente, pues era apaleado con crueldad, hasta dejarlo sin sentido, herido o muerto.

No voy a extenderme en describir las atrocidades que los deportados sufrían en los campos, pues ya existen diversos y variados testimonios, así como abundante material gráfico y bibliográfico: el expolio sistemático de las pertenencias que aún conservaban los deportados,



la obligatoriedad de llevar el famoso uniforme a rayas, los interminables recuentos, el hacinamiento en los barracones que tenían una capacidad para 50 personas y albergaban a 700, el hambre, la sed, las torturas, las enfermedades, muchas de ellas contagiadas intencionadamente para provocar una mayor mortandad, la pérdida de la propia identidad al ser tatuados con un número por el que serían conocidos a partir de ese momento (Benjamín tuvo el 60.532 en su antebrazo izquierdo)... Tan sólo añadiré que Benjamín Rapoport pasó únicamente dos semanas en Birkenau y los hechos traumáticos de los que fue testigo le marcaron profundamente, pues afirmaba que *“salir de allí fue como si le hubiese tocado la lotería”*.

Cuando le preguntaba cómo es que pudo aguantar casi tres años así, me contestaba que, primero, tuvo mucha suerte, segundo, estaba en una edad, entre los 30 y los 40 años, “idónea” para llegar a los campos, pues los más jóvenes no podían soportar la escasa dieta y enfermaban pronto; los más viejos, o eran seleccionados rápidamente para las cámaras de gas, o tampoco aguantaban las interminables y extenuantes jornadas de trabajo, tercero, tuvo una gran fortaleza mental: enseguida se dio cuenta de que aquel sistema de campos tenían como objetivo aniquilar a las personas y él llegó al convencimiento personal de que no iba a darles a los nazis la satisfacción de vencerle. En este sentido tuvo una gran importancia el hecho de que se integrase en las células de resistencia, especialmente las comunistas, que existían en los campos y que proporcionaban apoyo psicológico y físico a sus componentes. Creían que la Alemania nazi iba a perder la guerra y entonces serían liberados, por lo tanto, era cuestión de aguantar, de resistir. Todo su pensamiento se centraba en *“aguantar un día más, no pensar, sólo permanecer vivo”*. Además, los dos años que pasó internado en Francia, en el campo de Vernet, le sirvieron de “entrenamiento” para la vida carcelaria. Y sobre todo, pasó a trabajar al pequeño campo, anexo a Auschwitz de Jawischowitz, en las minas de carbón donde las condiciones de vida eran mejores. Allí, las raciones de comida que les daban eran el doble que las que recibían en Auschwitz-Birkenau puesto que tenían que mantener un ritmo de producción diaria de carbón, vital para el esfuerzo bélico alemán. Su trabajo consistió en ayudar a mineros civiles polacos en la tarea de la extracción del carbón y el mantenimiento de la

mina. Trabajó en el turno de noche, a 360 metros de profundidad durante 9 horas seguidas. No obstante, estos equipos nocturnos también tenían que realizar las tareas de limpieza de los barracones de la superficie y ayudar en las cocinas, por lo que su verdadera tortura fue el sueño, ya que dormían sólo dos, tres o cuatro horas al día. El fantasma del hambre pudo contenerlo gracias a la generosa ayuda que recibió de los mineros polacos que compartían con él la comida, y a aportaciones extra, como carne de perro o ratas, que entraban en el menú cuando las podían cazar.

Pudo así sobrevivir durante dos años en el campo, superando largamente la esperanza de vida de un prisionero, aunque la mina también entrañaba peligros: derrumbamientos, accidentes, explosiones de grisú... A comienzos de 1944 enfermó de gripe y cuando ya no podía aguantar más, se dirigió al hospital del campo (Revier), donde los médicos, también deportados, hacían lo que podían por los enfermos, sin medicinas ni instrumental. El Revier era la antesala de la muerte: los moribundos agonizaban en medio de terribles estertores, bajo una misma manta y en el mismo catre descansaban dos deportados, por lo que se transmitían unos a otros las enfermedades infecciosas. Así en cuanto pudo salió de allí, porque sistemáticamente el Revier era visitado por los médicos SS y seleccionaban a los que se encontraban en peor estado para enviarlos a las cámaras de gas del campo principal de Auschwitz.

En la primavera de 1944 fue trasladado al campo de Monowitz-Buna, también conocido como Auschwitz III, en el centro de la región industrial de la Alta Silesia, pues allí necesitaban obreros especializados y él era ingeniero, con conocimientos en electrificación. Allí se estaba construyendo una central eléctrica térmica y durante su estancia en este campo conoció al italiano Primo Levi¹⁴, ingeniero químico.

El 20 de enero de 1945, ante la proximidad del Ejército Rojo, fue evacuado a Gleiwitz. Les hicieron andar durante 50 kilómetros en pleno invierno y aquellos que no podían aguantar el ritmo de marcha eran asesinados sin miramientos. Cuando llegaron a este campo, ya había sido evacuado también, por lo que al día siguiente les llevaron a un tren, compuesto por plataformas al aire libre y les trasladaron de nuevo. Fue un viaje horripilante que duró doce días debido a que el sistema ferroviario alemán se encontraba ya completamente desarticulado por



los bombardeos aliados. En este viaje, Benjamín creyó morir, pues cada día se apilaban los cadáveres de aquellos que morían de frío durante la noche, o de inanición o puro agotamiento. Él casi llegó exhausto y estuvo a punto de ser “seleccionado”. El destino final de esta trágico y funesto convoy fue el campo de Dora, donde los científicos alemanes construían y desarrollaban en un enclave subterráneo sus famosas bombas volantes: V1 y V2, bajo la dirección científica de Von Braun¹⁵. Aquí el trabajo de Benjamín Rapoport consistía en conectar los cables eléctricos que se utilizaban en los ensayos de los lanzamientos, sin embargo, las organizaciones clandestinas lograban sabotear la producción, y a pesar de que los alemanes llevaban a cabo ejecuciones sistemáticas de castigo contra los supuestos saboteadores, en marzo de 1945, la producción se encontraba casi paralizada.

El 4 de abril de 1945 Benjamín Rapoport sufre un nuevo traslado, hacinados en vagones para el ganado y bajo las incesantes incursiones aéreas de los aliados. Este nuevo viaje duró seis días en los que no recibieron nada para comer. El destino del convoy fue el campo de Bergen-Belsen y la situación allí era ya tan caótica que los deportados no realizaban ninguna tarea, sólo se les hacinaba para acabar con ellos simplemente de inanición. Pero mereció la pena resistir, por fin, llegó el día más feliz de sus vidas en mucho tiempo: el 15 de abril, hacia el mediodía llegaron las columnas aliadas, canadienses concretamente. Sin embargo, las puertas del campo permanecían cerradas, ya que los aliados temían que se produjese una epidemia si dejaban salir a los prisioneros, por lo que el campo fue declarado en cuarentena. El 30 de abril de 1945, día de su cumpleaños, Benjamín Rapoport, junto con un joven ruso, decidió que ya había permanecido suficiente tiempo encerrado y recuperó la libertad, tras casi cinco años de cautiverio. Cruzaron tranquilamente delante de los guardias británicos por un hueco de la alambrada y estos no les dispararon, seguramente tenían orden de no hacerlo.

Tras deambular por los alrededores y recibir ayuda en forma de alimentos y ropa por parte de la población alemana, llegaron a la localidad de Fallingbostel, a un campo donde reunían a antiguos prisioneros y trabajadores deportados de la U.R.S.S. Allí entró en contacto con los ingleses que habían consolidado sus posiciones en esa pequeña ciudad de la Baja Sajonia. El oficial británico al mando le pidió que le hiciera

de intérprete para poder comunicarse con el oficial de enlace soviético encargado de la repatriación de los ciudadanos de su país. Así pues, fue destinado a la 43 división, llamada La Quimera, cuyo Cuartel General estaban en la ciudad de Celle. Llegó incluso a hacer de intérprete entre los ingleses y los alemanes que eran interrogados por el servicio de inteligencia del ejército sobre su pasado criminal. Sin embargo, después de muchos intercambios entre los ingleses y los oficiales de la misión de repatriación soviética, fue destinado a ella como intérprete.

La Alemania de entonces había alcanzado el “punto cero”. Las grandes ciudades habían sido arrasadas y las comunicaciones civiles eran casi inexistentes. Los hombres adultos habían muerto, eran inválidos o prisioneros de guerra. Sólo quedaban mujeres, niños, ancianos o inválidos. El mercado negro hacía su agosto. Los soldados aliados cambiaban sus cigarrillos y sus latas de conservas por los “servicios” de las alemanas. Los sastres y los zapateros trabajaban a destajo para los ocupantes y ya no aceptaban encargos de los civiles alemanes, pues el dinero sólo tenía valor si se empleaba para adquirir los productos racionados. Las mujeres alemanas se prostituían a cambio de cigarrillos, jabón, café o chocolate, propagando así las enfermedades venéreas que causaban verdaderos estragos.

Estuvo destinado en Soltau, Braunschweig y Hamburgo y su misión consistía en ser enlace entre los británicos y los soviéticos y convencer a la población originaria de la U.R.S.S., y que habían sido deportados por los alemanes, para que regresasen a la Unión Soviética. No todos tenían intención de volver, sobre todo, aquellos que habían colaborado activamente con los nazis, y a los que no les esperaba nada bueno a su regreso. Así, en una de sus misiones, fue atacado por los disidentes y recibió una puñalada por la espalda que casi le cuesta un riñón (literalmente hablando) y por la que recibió una condecoración. Gracias a que hablaba varios idiomas: ruso, letón, inglés, francés, alemán, español, yiddish y algo de polaco (cuando le conocí en 2003, con 95 años, sólo hablaba seis lenguas, había olvidado el polaco y el letón) realizó varias misiones como intérprete, tanto para los soviéticos como para los británicos hasta tal punto que le propusieron formar parte de la misión interaliada en Berlín, pero ya estaba cansado de la vida militar y rechazó el puesto. La alternativa fue que recibió la orden de volver a la



U.R.S.S., pero decidió, en su lugar, volver a Francia, ya que en Letonia no tenía ya a nadie, pues su familia había sucumbido al completo durante el Holocausto.

4.- DESPUÉS DE LA GUERRA.

La vida de la posguerra era difícil. Después de vivir en la lujosa villa de un juez nazi, se tuvo que alojar en un hotel barato, sin comodidades, vivir de las cartillas de racionamiento y llevar una mísera existencia. Tras un breve periodo de tiempo en el que trabajó como dependiente de una tienda de ropa de segunda mano, encontró un trabajo de acorde con su preparación y en el que ya tenía una dilatada experiencia: la instalación de líneas eléctricas de alta y baja tensión. Sin embargo, el gobierno francés no quiso otorgarle pensión alguna al considerarlo “extranjero en el momento de los hechos”, por lo que tuvo que entablar una larga batalla legal hasta que le fueron reconocidos sus derechos, ya en el año 1998. Las víctimas de origen extranjero no tenían derecho a ninguna pensión, aunque hubieran sido internados en campos franceses o deportados. Esta reglamentación se basaba en la jurisprudencia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Ahora bien, esta vez fue el propio gobierno francés el que entregó a los nazis y por propia iniciativa, a los extranjeros que vivían en Francia, a menudo después de internarlos en campos de concentración.

Tras pasar por diferentes empresas, Benjamín intentó recuperar una vida normal, volvió a contactar con antiguas amistades de antes de la guerra, sobre todo con una chica llamada Gilberte, natural de Vierzon. Ella fue la única persona que le envió paquetes durante su cautiverio en Vernet y en Jawischowitz y a la que él escribió, pues sabía que no siendo judía, no la pondría en peligro. También siguió en contacto con algunos compañeros de los campos que se habían vuelta a instalar en Francia, como había hecho él mismo. Se dedicó también a intentar buscar a su familia, y por ello inició una serie de viajes a la U.R.S.S. donde pudo contactar con algunos primos que habían sobrevivido.

Mientras que trabajaba en la región del Périgueux, en Dordoña, quedó enamorado del lugar y decidió instalarse allí cuando se jubilara. En 1959, gracias a una pensión que le concedió el gobierno alemán, pudo construirse una casita en la localidad de Mauzac, cerca de Bergerac y a finales de ese año, al pagarle los atrasos de dicha pensión y con el dinero que tenía ahorrado,

decidió tomarse un año sabático y dedicarse a viajar. Fue así, en uno de sus viajes, como conoció la localidad almeriense de Mojácar, de la que quedó también enamorado. Poco tiempo después, también entró en vigor en Francia una ley que permitía jubilarse a los deportados que tuvieran más de sesenta años y decidió acogerse a esa jubilación. Pero su vida laboral no terminó aquí. Tras la independencia de Argelia en 1962, vio un anuncio en *Le Figaro* en el que pedían cooperantes para trabajar en la joven república. Así, a comienzos del mes de junio de dicho año salió para Argel. Su espíritu inquieto le pedía vivir nuevas experiencias y debido a que Argelia necesitaba profesionales, ejecutivos y cuadros intermedios, le ofrecieron unas buenas condiciones laborales. Este nuevo trabajo le brindó la posibilidad de conocer el Desierto del Sahara y la amabilidad y la hospitalidad de sus gentes. Sin embargo, la evolución de la política internacional jugaba en su contra y la creciente enemistad entre el Estado de Israel y los países árabes y la progresiva radicalización de la sociedad argelina, le llevaron a abandonar el país el 15 de enero de 1965, pues dada su condición de judío, no se sentía ya seguro allí.

A partir de su vuelta de Argelia, pasaba los inviernos en Mojácar, donde también se contruyó una casita, y en primavera volvía a Mauzac. Esta trashumancia la estuvo haciendo hasta los noventa y dos años, última vez que hizo el viaje desde la localidad almeriense hasta Mauzac, conduciendo él mismo su propio vehículo.

Es muy interesante la visión que tenía de nuestro país, pues él vivió los cambios experimentados en él desde la etapa del desarrollismo franquista hasta prácticamente el final del siglo XX, y su espíritu crítico y su inteligencia le llevaron a analizarlos, tanto a nivel político, como económico y social: la llegada de los primeros turistas y de los artistas que descubrieron Mojácar, sus paisajes, su sol y la hospitalidad de sus gentes; la mecanización del país, la generalización del alcantarillado, la electricidad y el agua potable en las viviendas; el cambio en las costumbres sociales al imitar la población autóctona los hábitos de los y las turistas llegados de otros lares... ;la mejora de los sistemas productivos, sobre todo, en lo concerniente al paso de la agricultura extensiva de secano, a la agricultura intensiva de regadío, y especialmente los invernaderos, con su alta especialización; la generalización de la sanidad y de la educación; la mejora de las redes de



transporte y de las vías de comunicación, especialmente después de la entrada de España en la C.E.E., en 1986.

Sin embargo, si fue capaz de ver los grandes e importantes cambios que experimentó nuestro país, también fue capaz de ver sus lagunas, como la casi desaparición del pequeño comercio que apenas ha podido resistir la competencia de las grandes superficies. El empobrecimiento de la vida cultural que no siguió el ritmo del desarrollo económico, aquí critica especialmente el hecho de que sea la prensa deportiva la más leída en nuestro país, en lugar de los libros. También le llamaba la atención lo que él llamaba “los restos de esa Andalucía ancestral, heredera de siete siglos de dominación musulmana: una dejadez oriental que se traduce en el célebre “mañana” que da lugar a interminables esperas. Esperar a los profesionales para que vengan a reparar algo, esperar la llegada de documentos administrativos...”¹⁶; la liberación de la mujer...

Me gustaría terminar con una de sus últimas reflexiones:

“Una de mis ocupaciones principales es reflexionar acerca de todo lo que he visto y he vivido durante mi interminable existencia, durante ese siglo en el que transcurrieron mis años de deportación. Ahora los veo como algo irreal, como una vida en otro planeta, un planeta de pesadilla. No puedo olvidar esas muchedumbres de personas vivas, tan llenas de posibilidades y que, después de cruzar las puertas de los campos, se transformaron en cenizas. Mi vida está llena de pensamientos y recuerdos. Pero nunca me he dejado llevar por la desesperación. Las escalas de valores tienen para mí otra dimensión. (...). Así, después de poner al día mis pensamientos, trato de continuar mi lógica existencia haciendo un poco el bien a los demás, dentro de los límites de mis medios. En mi casa, rodeado de una bella naturaleza, observo el mundo con los ojos bien abiertos, siempre mostrando una innata curiosidad por la gente y los acontecimientos. He viajado bastante y en mis viajes he encontrado a muchas personas. He recorrido Europa, el Norte de África, Rusia, Israel y todo el continente americano. En todos esos

lugares vi que podíamos entendernos y comprendernos. Incluso a lo largo de mi vida he conocido a gentes muy diversas y es así como he aprendido bastantes lenguas. Es muy importante enseñar a los niños el mayor número de lenguas posible, pues si sólo se habla una, se es prisionero de ella. Sin embargo, me habría gustado conocer la inmensidad de Asia, el África subsahariana y los países del Pacífico. Desgraciadamente, mi avanzada edad me impide ya salir de mi casa, donde tengo que quedarme con mis recuerdos. Todo tiene sus límites”¹⁷

En 1994, tras la caída del bloque soviético, Benjamín entró en contacto con una cantante rusa, Anna, una mujer encantadora, treinta años menor que él, con la que se casó y que le ha acompañado hasta el final de sus días, viviendo así, en los últimos años de su vida una hermosa historia de amor. En agosto de 2006, un cáncer consiguió acabar con la voluntad de vivir de nuestro protagonista, pues me contaba en diciembre de 2003 que le hubiera gustado llegar a los 100 años, casi lo consigue.

Sólo me queda dar testimonio de la idea más común entre los supervivientes de los campos, Benjamín sólo anhelaba cuando salió de Bergen-Belsen en 1945 “ser libre y vivir un día en libertad para contar a los demás lo que hemos vivido”. Ellos y ellas van desapareciendo, pero nos queda a nosotros esa responsabilidad y ese es el objetivo de este artículo.



5.- NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

¹ Me vie et mes camps. Benjamín Rapoport. Préface d'Olivier Bervialle. L'Harmattan. 2002.

² *Bar mizwá*: (hebreo: Hijo de la Ley). Fiesta en la que, al cumplir los 13 años, los niños asumen las obligaciones de una persona mayor. En dicho día acceden a la lectura de la Torá.

³ *Yom Kippur*: (hebreo: Día de la Expiación). Es la más sagrada de las efemérides judías, es una jornada de confesión, de arrepentimiento y de plegarias para que se olviden los pecados cometidos durante el año.

⁴ *Simjat Torá*: fiesta que se celebra al concluir un ciclo de la lectura de la Torá. Es una celebración alegre donde se baila y se dan siete vueltas, con los rollos de la Torá, alrededor de la sinagoga, hay banquetes y se dan dulces a los niños.

⁵ *Sukoth*: la fiesta de las Cabañas que se celebraba para conmemorar el Éxodo de Egipto, cuando los judíos, al vagar por el desierto, sólo tenían para guarecerse construcciones hechas con ramas.

⁶ *Purim*: Una de las celebraciones judías más antiguas que conmemora que los judíos persas se salvaron de ser aniquilados bajo el mandato del Rey persa Jerjes I. Se celebra los días 14 y 15 del mes de Adar (primavera) y la celebración consiste en un banquete, la ofrenda de limosnas, el envío de comida a vecinos y amigos y el cántico del Libro de Esther. Es el día más alegre del año judío en el que se representan obras de teatro, se convocan bailes de máscaras o se bebe vino, incluso, en las sinagogas.

⁷ *De los Campos de la Segunda Guerra Mundial a Mojácar*, traducción sin publicar de R. J. Lorente Castillo, pp. 41-42.

⁸ Drôle-de-guerre: Periodo comprendido entre septiembre de 1939 y mayo de 1940 en el que apenas hubo enfrentamientos entre el ejército alemán y el anglo-francés, que se limitaron a vigilarse mutuamente, mientras los alemanes invadían y conquistaban Polonia.

⁹ Francia, desde la época de la Revolución Francesa, se encuentra dividida desde el punto de vista administrativo en departamentos.

¹⁰ Brigadas Internacionales: Brigadas del Ejército de la Segunda República Española durante la Guerra Civil (1936-1939), organizadas por los partidos de izquierdas de diferentes países y

compuestas por voluntarios de distintas nacionalidades. Actuaron desde 1936 hasta 1938, año en el que fueron disueltas y sus miembros no españoles fueron obligados a abandonar España. En su organización militar estaban divididas en Brigadas o batallones cuyos nombres hacían referencia a un destacado militante de izquierdas o a algún revolucionario o luchador por la libertad. Así los alemanes lucharon en el Batallón Thaelmann, los italianos en el Garibaldi o los norteamericanos en el Abraham Lincoln.

¹¹ *De los Campos de la Segunda Guerra Mundial a Mojácar*, p. 48.

¹² SS: abreviatura del alemán *Schutz Staffel* (*Secciones de Seguridad*), que designa a la policía militarizada del Partido nazi. Encargada oficialmente de la seguridad del estado alemán y, desde 1939, de los territorios ocupados, también fue la responsable de la administración y custodia de los campos de exterminio, donde sus miembros cometieron toda serie de crímenes contra la Humanidad.

¹³ *De los Campos de la Segunda Guerra Mundial a Mojácar*, p. 56.

¹⁴ Primo Levi: Químico, ensayista y escritor italiano (Turín 1919-1987), superviviente del campo de concentración nazi de Auschwitz-Birkenau. Entre sus obras cabe destacar **Si esto es hombre** (1947), que contiene su visión particular del infierno de Auschwitz, **La Tregua** (1958), donde relata su viaje de retorno desde los campos hasta Italia, a través de la devastada Europa central y **Si no ahora, ¿cuándo?** (1982), una obra en la que describe cómo era el grupo de la Resistencia judía antifascista en el que luchó, y mediante la que intenta refutar la idea de la pasividad de los judíos frente al nazismo.

¹⁵ Von Braun: Werner Von Braun (1912-1977). Científico alemán nacionalizado estadounidense en 1955. Diseñó la famosa V2, el primer cohete operativo. Dirigió el equipo que puso en órbita el Explorer I, el primer satélite estadounidense (31 de enero de 1958) y fue el realizador del Saturno V, el cohete vector de la primera empresa lunar humana.

¹⁶ *De los Campos de la Segunda Guerra Mundial a Mojácar*, p. 177.

¹⁷ *De los Campos de la Segunda Guerra Mundial a Mojácar*, p. 186.